
Mundo nuevo y nuevo mundo: la Academia de los Linceos y el *Tesoro mexicano* (1604-1651)

Marco Bellingeri*

Entre 1570 y 1651 un voluminoso manuscrito transmigró desde la Nueva España hacia Madrid, Nápoles y Roma. A lo largo del camino perdió tamaño para, en seguida, volver a crecer casi sin freno. Finalmente apareció a la luz, metamorfoseado, cuando todos los principales artífices de sus vicisitudes habían desaparecido y con ellos las motivaciones para realizar la obra. Así se podría resumir la azarosa historia del llamado *Tesoro mexicano*, o sea, de aquel monumento científico que se construyó sobre los cimientos colocados por Francisco Hernández, protomédico general de las Indias, a lo largo de su expedición por la Nueva España, realizada entre 1570 y 1577.

Ya otros han reconstruido con diligente aplicación de bibliófilos su peregrinar y sus mutaciones.¹ Nosotros nos ocuparemos por lo tanto del trasfondo cultural y político de la etapa final, la italiana, de este largo viaje, en la cual, durante casi dos décadas, estuvo al cuidado de la que —por convención de historiadores y comodidad de estudiantes— se ha reconocido como la primera academia científica del mundo moderno, la de los Linceos, y que vivió en aquellos mismos años su efímero esplendor. A través de las vicisitudes del *Tesoro mexicano*, o, mejor dicho, de las de sus sabios editores, la

naturaleza americana, por primera vez presentada científicamente, participó en los intentos frustrados de fundar intelectualmente un *mondo nuovo*.

Mundo nuevo y nuevo mundo —el primero, un proyecto cultural renacentista tardío, y el segundo, una definición ya corriente para América hacia los principios del siglo XVII— no podían escapar a las interpretaciones alegóricas usuales hasta volverse un lugar común literario.² Sin por ello querer regresar sobre el tema ya ampliamente debatido de las influencias de la experiencia americana sobre la construcción de las diversas utopías contemporáneas en el momento del descubrimiento,³ baste aquí recordar que en la dedicatoria del *Saggiatore* de Galileo, redactada por los Linceos para esta obra editada por ellos, el autor venía definido como: "...il Fiorentino, scopritore non di nuove terre, ma di non più vedute parti del cielo", esto es, una especie de Colón cósmico.⁴ También Tommaso Campanella, años después, alababa personalmente al autor en ocasión de la infausta edición de su *Dialogo sui massimi sistemi*, definiendo la obra: "...novità di verità antiche, di mondi nuovi, nove stelle, novi sistemi, nove nazioni, principio di secol novo".⁵ Fue en aquel año de 1632 cuando el sueño de un mundo nuevo ingenua y peligrosamente exaltado por el irreductible

* Universidad de Turín.

heterodoxo napolitano se desvaneció frente a otro proyecto cultural, quizá igualmente novedosos, pero sólidamente autoritario, fundado sobre la hegemonía de la filosofía teológica de los jesuitas.⁶ La concepción galileana de la ciencia, hecha propia por los Linceos, fue su víctima más ilustre después de haber dominado la escena: el *Tesoro mexicano*, imagen del nuevo mundo, fue, como veremos, arrastrado por el fracaso de un proyecto de un mundo nuevo.

Un problema de estilo

En Trento se habían marcado las directrices de ataque a la Reforma. Se había aclarado la dimensión global del desafío, su alcance y consecuencias: la sobrevivencia misma de una cultura, de una tradición, que no podían ser defendidas sin aceptar un enfrentamiento frontal con el enemigo en el terreno de la renovación, campo elegido por el adversario.

Las armas, el estilo o los estilos que debían de caracterizar al bando romano estaban, en la primera década del siglo XVII, en el centro de un encontrado debate.

El estilo expresado como *maniera*, o sea, como la capacidad de representación artística, había caracterizado una época que entonces llegaba a su fin, la del manierismo internacional, hermético y elitista.⁷ Gracias a las raíces de éste, el humanismo aristocrático había sobrevivido a través del clasicismo en arte y literatura. Los estilos nuevos del barroco, nacionales y públicos, ya se anunciaban por su innovadora y contrastante multiplicidad. Para algunos, todas estas maneras parecían poder convivir como en la antigua Grecia, según Tasso, los llamados estilos dórico y frigio.⁸

En las postrimerías del barroco, el estilo, sin embargo, iba asumiendo un significado algo parecido a aquel en boga en años muy cercanos a nosotros, de "ideología", entendida como una coherente, pero al fin y al cabo subjetiva, visión del mundo. Una mutación de estilo, una innovación aparentemente formal encerraba implicaciones de métodos y fines y no sólo en el campo del arte y la literatura.

El *cavalier* Marino, un artífice de un nuevo estilo poético, en el apartado dedicado a los filósofos y humanistas de su *Galleria* de 1621, enlistaba clásicos y renacentistas, magos y filósofos naturales, sin mucha preocupación por su fama de dudosa ortodoxia.⁹ Sin olvidar que el eclecticismo de Marino era por entonces sólo representativo de una sensibilidad o estilo, por cierto ya predominante en Roma, creemos que su indeterminación explícita de una frontera entre magia natural y filosofía natural —o ciencia, como diríamos hoy en día—, puede ser considerada representativa de una cultura entera en rápida transición.

El debate historiográfico sobre el nacimiento de la llamada ciencia moderna desde las cenizas —que no se enfriaron en los siglos sucesivos— del pensamiento mágico y esotérico renacentista, parece inagotable.¹⁰ Hoy, superadas ya ciertas contraposiciones y presuntas filiaciones evolutivas entre la segunda y la primera, el problema del estilo aflora también en esta disputa.

Una primera evolución, a este nivel, se había realizado por la voluntad programática de los Linceos para abrir las páginas de aquel libro de la naturaleza cuyas maravillas debían ser develadas y difundidas gracias a un proyecto editorial de grupo muy ambicioso y al sueño enciclopédico personal de Federico Cesi, príncipe fundador de la institución.

Ni el punto de partida, ni las prácticas, ni los fines, considerados aisladamente, marcaban claras rupturas con los principios dominantes en el ámbito científico de aquel tiempo, tanto que se ha afirmado que es imposible aislar en la Academia una epistemología institucional específica.¹¹ Se trató, antes que todo, de una innovación de estilo; al menos hasta el ingreso de Galileo en 1611 como intelectual soberano en aquella pequeña corte.

Desde aquel entonces, el trabajo metódico y colectivo, postulado de la Academia, abrió las puertas a una concepción (ya no sólo una práctica) metódica del saber que lo hizo laico frente a la tradición hermética del saber mágico —entendido esencialmente como acto de potencia individual— y que después lo habría

de enfrentar al proyecto ideológico autoritario de los jesuitas.

Entre los dos frentes sucesivos que abre la innovación existen, sin embargo, diferencias cualitativas: con la tradición de la magia natural de Cardano, Campanella y Della Porta, la Academia se vincula primero, convive después y finalmente la supera sin rupturas aparentes, dada la abierta disponibilidad de los viejos magos por emprender una nueva lectura de aquel libro de la naturaleza que ellos desde hacía más de un siglo venían interpretando. Por el contrario, el enfrentamiento entre la filosofía natural galileana, la lincea y la filosofía teológica de los jesuitas, será decisivo para decidir a qué pensamiento e institución le tocaría asumir la hegemonía del bando romano en el momento de crisis de la vieja cultura aristotélica.

El objetivo era reconstruir la armónica arquitectura del mundo, propia de viejos magos y jóvenes científicos. La novedad, aquella de enfrentar los elementos naturales aisladamente según precisas relaciones geométricas, parecía abrir nuevos caminos más que cerrar los viejos.¹² Lo que *a posteriori* quisieron algunos destacar como el inicio de la ruptura entre el saber tradicional y el moderno, a través del predominio de un supuesto enfoque empírico, entonces no aparecía ni siquiera como un problema. Aquella atmósfera de racionalismo individual que se profesaba públicamente en la Academia, así como el fomentar investigaciones libres de controversias y preocupaciones teológicas, no impedía la convivencia con miembros de la tradición hermética.

Por otro lado, la tradición hermética había estado presente en la fundación misma de la Academia en 1603; ello se observa en tres hechos: la participación de Johan Eck, mago y nigromante que, con el nombre de "linceo de Illuminato", hubiera debido conducir los debates de filosofía platónica y metafísica;¹³ la elaboración de una cifra simbólica lincea y, sobre todo, en la declarada pertenencia del círculo a la "...scola di Pytagora e di Platone come ben uniti e pieni di dottrina".¹⁴ Finalmente, aquel proyecto de investigación y de edición que

hemos llamado *Tesoro mexicano* nació como parte de la desmedida ambición de saber de Cesi, que, como veremos, no era del todo ajena a una concepción esotérica del conocimiento.

La misma tradición hermética, que despertó sospechas sobre la nueva institución y provocó su dispersión temporal, había llevado al príncipe en 1604 a Nápoles, con sus diecinueve años y su apodo de "linceo de Celivago".

En la ciudad partenopea fue huésped del círculo del mago natural más famoso de entonces, Giovanni della Porta.¹⁵ Casi todos sus miembros habían tenido algún problema —generalmente de poca importancia—, con la Inquisición. Casi todos tenían problemas más graves para publicar sus obras. Cuando Cesi, en los años sucesivos, se vuelve un utilísimo promotor editorial, el grupo napolitano consolida definitivamente su vasallaje al emergente príncipe del saber.

El plan inicial de Cesi preveía establecer una red de secciones locales de la Academia, con el nombre de liceos, en las cuales los adeptos, que no podían pertenecer al clero regular, debían vivir en comunidad. El futuro liceo con sede en Nápoles siempre le pareció a Cesi el más prometedor y por muchos años persiguió la realización de su fundación bajo la dirección de Della Porta. Este por su parte, aún habiendo entrado oficialmente como linceo en 1610, no renunció nunca a su particular estilo de tradición hermética.¹⁶

Interrogando al libro de la naturaleza

El príncipe Cesi necesitaba de "capitani ed anche di soldati", a lo mejor hasta de un ejército entero, todos inspirados en un verdadero amor por la ciencia y armados de un libre intelecto para cumplir con los deberes de la "nostra filosofica militia". De los primeros, los comandantes nobles y ricos, "di più splendore", bastaban pocos. Eran los del grado menor, "non pero vile", los que hubieran debido aceptar de buen grado las tareas prácticas de investigación y de edición.¹⁷

Este programa aristocrático, acorde con los

dictámenes de la sociedad romana de aquel tiempo, no determinó sin embargo una escisión entre su papel de príncipe-mecenas y el de científico, sino que más bien mantuvo en él una tensión constante, a veces casi angustiosa, entre las dos actividades: la primera, que ponía en primer lugar la responsabilidad por hacer cumplir a la Academia sus siempre ambiciosos proyectos institucionales, y la segunda, que perseguía un proyecto personal enciclopédico. El *Tesoro mexicano* fue muy importante para los Linceos porque perteneció a los dos ámbitos, volviéndose, según algunos, su mayor tarea científica.¹⁸

Hacia 1613, a una década de su fundación, la Academia conoció una primera época fructífera. En el campo editorial acababa de aparecer la *Istoria e dimostrazioni matematiche intorno alle macchie solari* de Galileo, que a su vez había sido precedida por *De aeris transmutacionibus* de Della Porta. La Academia, abierta y definitivamente, tomaba partido por el bando galileano-copernicano, a favor de la interrogación directa al libro de la naturaleza y en contra del método de la física aristotélica.¹⁹

Además, entonces estaban en proyecto la traducción y edición de algunos manuscritos árabes sobre matemáticas y ciencias naturales. Finalmente, en ese mismo año de 1613 se había logrado adquirir el fondo bibliográfico y, sobre todo, los manuscritos inéditos de Antonio Persio, el abad alumno de Telesio, filósofo natural anti-aristotélico y defensor de Campanella. Persio, sospechoso de herejía, fue asociado *post-mortem* con los Linceos, en abierto desafío a los "privatetici e filodossi", como burlescamente eran apodados los escolásticos.²⁰ En respuesta, un par de años después el Santo Oficio hizo saber al príncipe que no hubiera permitido la publicación de las obras del científico desaparecido.²¹

El ataque al saber oficial había tomado también caminos más directos: Cesi había organizado la exhibición físico-astronómica de Galileo en Roma en abril de 1611, ocasión en la cual pudo conocer al florentino, así como observar en su compañía, por algunas noches, las

"cose nove del cielo, officio veramente de Lincei". A través de la visión de los llamados cuatro *pianeti medicei*, había podido comprobar la corruptibilidad de los cielos e, indirectamente, la hipótesis heliocéntrica copernicana que la Academia había adoptado teóricamente desde hacía tiempo.²²

Galileo, por su parte, pudo entonces observar "le pitture di cinquecento piante Indiane", que el lincoo provisional Johannes Schreck, apodado Terrenzio, había elaborado a lo largo de tres años, financiado por Cesi, para ilustrar una "historia de' semplici Indiani".²³

Ultimamente se ha querido convertir el fugaz encuentro entre Galileo y lo que habría de volverse el *Tesoro* —encuentro por cierto en nada determinante para ninguno de los dos— en un desagradable y simbólico malentendido entre Cesi y el florentino, al punto de manifestarnos hoy en día los logros y los límites del pensamiento científico moderno.

Galileo, según esta interpretación, hubiera rechazado la científicidad de la empresa en cuanto que hubiera carecido de aplicación práctica: las plantas mexicanas representadas en los dibujos de Terrenzio eran desconocidas a todos en sus calidades, virtudes y efectos. Como después lo haría Diderot en la *Enciclopedia*, a propósito de una planta brasileña, Galileo hubiera afirmado la inutilidad de un saber de eruditos y curiosos.²⁴

En realidad, Galileo había afirmado exactamente lo contrario, demostrándonos cómo en la Academia no existía contraposición entre los resultados de la tradición científica anterior y el nuevo curso del saber. Al fin y al cabo, era éste el estilo de aquella y era en éste que residía la peligrosa fuerza de la institución: en ser competitiva en su tiempo con el proyecto de signo opuesto, neoaristotélico, de los jesuitas, que ambicionaban ser los "nuovi umanisti, nuovi moralisti, nuovi scienziati, nuovi teologi, nuovi filosofi", y todo al mismo tiempo.²⁵

El nuevo mundo había aparecido a Cesi en Nápoles, en una copia manuscrita del finado médico Nardo Antonio Recchi. Este, durante su estancia en Madrid, se había dedicado por orden de Felipe II, probablemente entre 1588

y 1592, a elaborar la versión definitiva de los 16 libros escritos por el protomédico de las Américas Francisco Hernández, de regreso a la corte después de su larga expedición científica por Nueva España. Una copia del trabajo de Recchi que, como el original hernandino, debía de quedarse inédito, fue adquirido por el príncipe Cesi a los herederos del médico, probablemente en 1609.

La decisión de realizar una inversión considerable en un texto de contenido indiano no debe extrañarnos. Acosta había difundido la importancia de la investigación de Hernández: 1,200 plantas nuevas, 60,000 ducados gastados por la corona de España, un verdadero tesoro en inversión y en conocimiento acumulado.²⁶ Charles L'Ecluse, el gran Clusius, conocía hacia finales del siglo anterior la existencia de la obra en Madrid e intentaba acceder a ella.²⁷ Cesi, por su parte, gracias a las indicaciones de los futuros Linceos napolitanos siempre atentos a las *mirabilia*, había sabido del manuscrito desde 1603. En aquel mismo año Cassiano dal Pozzo había escrito al príncipe, desde Madrid, a propósito del inédito hernandino.²⁸

En otras palabras: para el joven Cesi, botánico como siempre se consideró, se trataba de poner las manos sobre un texto que sus ilustres colegas europeos buscaban desde hacía tiempo. Perteneciente a la generación apenas sucesiva a Clusius y Aldrovandi, heredera a su vez de García da Orta, Monardes, Mattioli y Fuchs, no podía dejarse escapar la posibilidad de emularlos y, quizá, superarlos. El mismo herbolizaba, como sus ilustres predecesores, y había creado un jardín de simples en su residencia romana. Como botánico práctico, estaba tan atento a las nuevas técnicas que fue el primero en utilizar sistemáticamente un microscopio en sus investigaciones; no se le podían escapar los posibles resultados de un nuevo acervo de simples, de los cuales, muchos, seguramente, debían ser aún desconocidos.²⁹

Fue así que, después de la defección de Terrenzio, Cesi, sin parar en gastos, encomendó la edición del *Tesoro* a Giovanni Faber,

catedrático y simplista, para la parte zoológica, a Fabio Colonna, uno de los más ilustres botánicos de su época, para ampliar los comentarios ya existentes a los textos hernandinos en la versión de Recchi, y a Terrenzio, para uniformar estilo, añadir sus doctas consideraciones comparativas y, finalmente, para agregar dibujos suyos, ya que era también un conocido grabador. Los complejos índices indispensables, como los dibujos para los fines prácticos a los que la obra también estaba destinada, estuvieron a cargo de Francesco Stelluti, procurador de la Academia y secretario científico de Cesi.

Bajo esta forma el *Tesoro*, que alcanzaba hacia 1612 dos voluminosos tomos *in folio*, hubiera podido aparecer al público como una muestra del saber linceo y, sobre todo, de su estilo: una obra novedosa, práctica y erudita —como la tradición sugería— pero además, colectiva e institucional.

Existen indicios de que ésta era la intención en aquel entonces: el *imprimatur* pontificio de 1612 y las afirmaciones de Cesi de que, hacia finales de 1611, el texto había comenzado a ser impreso.³⁰

Para febrero de 1613 ya habían sido grabadas un centenar de láminas y se tiraban pruebas, las cuales Cesi prometía a Galileo, en especial de aquellas plantas que por "...la bellezza et macchie di Lince è parso già al Terrenzio nostro, commentator di quest'opera, ornarle del nostro nome".³¹ Hacia finales del mismo año aparecen las primeras dificultades: "Il libro indiano va adagio non potendo altrimenti", a lo mejor a causa de la mayor urgencia de editar al año siguiente los *Dialoghi* de Galileo. Sin embargo, en marzo de 1613, un sobretiro provisional, compuesto por 80 grabados "delle più belle piante indiane", unas breves notas y una dedicatoria en verso, fue confeccionado como homenaje al príncipe de Bamberg, ciudad natal de Faber, a quien se quería atraer como protector y mecenas de un futuro liceo en aquel —la ciudad bávara.³²

No hemos encontrado mención al progreso de la obra hasta cinco años después, cuando, en 1618, Galileo, presionado por Cesi, gestionó y

obtuvo el permiso de edición del gran duque de Toscana para aquella obra "bella, curiosa et utile".³³ Pensamos que esta larga, primera interrupción, marca el abandono definitivo del plan original de la edición.

El último encuentro personal entre Cesi y Galileo tuvo lugar en Acquasparta en abril de 1624. Tenían que discutir "le cose di qualche monto che gli raggiravano il capo", que sin duda debían ser muchas e importantes.³⁴ El florentino estaba en camino hacia Roma en donde el papa Urbano VIII, su admirador desde hacía años y protector de los linceos, lo recibiría seis veces en dos semanas. La "mirabil congiuntura" se había abierto con el ascenso al pontificado de Maffeo Barberini en 1623 y el ingreso de su sobrino Federico, el *cardinal nipote*, a la Academia. Esta, por su parte, había promovido en aquel año la publicación del *Saggiatore*, en polémica con la institución ante la cual los Linceos se sentían ahora con la capacidad de entablar un abierto combate; el Colegio romano de los jesuitas, el representante más prestigioso de la cultura católica.

Aun si no existen pruebas al respecto, se ha afirmado que la edición del *Tesoro* fue uno de los temas discutidos en Acquasparta. De cualquier manera, en octubre de 1624 Cesi parecía convencido de que la obra no tardaría en ver finalmente la luz. El año siguiente fue dedicado a la impresión faltante y se habla de "molte novità", que habían sido añadidas.³⁵ En 1627 el príncipe anunciaba que: "Presto sarà fuori il primo tomo del detto Messicano, la ricchezza del quale si chiama dietro il secondo e forse il terzo, per le diligenze fatte dai nostri".³⁶ Un año más y finalmente en diciembre de 1628, Stelluti confirmaba a Galileo que el primer tomo del *Tesoro*, "che tuttavia vien molto desiderato", se estaba acabando de imprimir con algunas tablas de Cesi.³⁷ Aquel mismo año apareció otro sobretiro con el título de *Animalia mexicana*, con Faber como autor y expresamente elaborado como homenaje a Francesco Barberini. A él, Cesi le había dedicado en 1623 el *De apiarum*, fruto de una primera observación sistemática con microscopio del insecto heráldico de los Barberini,

quienes en aquel año alcanzaban la gloria pontifical.

Por aquel entonces el *Tesoro* tenía los permisos del emperador, del rey de Francia, del gran duque de Toscana y del *publicatur* del pontífice reinante, cuya autorización había sido renovada, no obstante algunos problemas.³⁸ Resalta la falta de autorización del soberano que debía ser el más interesado en la conclusión de la obra: Felipe III de España.

Al parecer, desde el siglo pasado sobrevive un solo ejemplar de aquella primera edición del *Tesoro*, fechada en 1630, volumen que se conserva en la biblioteca Lancisiana del Santo Espíritu en Roma. Como ha sido destacado, las principales características de este tomo, frente a la edición definitiva, son la publicación en apéndice de sólo trece tablas botánicas, obra de Cesi y del *De apiarum*.³⁹ Faltan, por otro lado, los complejos índices de plantas y animales, de autores y de enfermedades que los simples mexicanos podían curar; en su conjunto, un verdadero aparato que hubiera permitido la utilización práctica de la obra.

Se puede por lo tanto afirmar que el *Tesoro* era por entonces susceptible de algunas adendas y mejorías. Sin embargo, con sus 936 páginas resulta inferior por solo 14 en comparación con la ulterior que vendría a ser la edición definitiva. En realidad, si algo faltaba, también sobraba algo: esta primera edición había sido elaborada para gloria de los Barberini, especialmente del *cardinal nipote* y hasta se podría pensar que se trataba de un volumen único que después, ignoramos cuándo y por qué vías, fue a dar a la biblioteca médica del Santo Espíritu.

La metamorfosis del *Tesoro*

El primero de agosto de 1630 el príncipe Cesi murió en Acquasparta. Stelluti, su fiel secretario, procurador y decano de la Academia, lamentaba ante Galileo el "danno inestimabile della repubblica letteraria per tanto belle composizioni, che tutte imperfette ha lasciate". Más preocupante todavía era el incierto desti-

no de la biblioteca, del museo y de los manuscritos, el verdadero acervo de la Academia que, como patrimonio personal de su fundador y mecenas, desaparecido sin testamento, confiaba el riesgo de ser disperso. Concluía Stelluti: "E quanto al libro Messicano, non vi resta altri informato che me".⁴⁰

Después de dos décadas desde su llegada en manos lineas, al momento de la muerte de Cesi, el *Tesoro* alcanzaba probablemente alrededor de 2,000 ejemplares, no todos completos, sólo unos cuantos empastados y otros en cuadernos, ya que faltaba acabar los juegos de algunas páginas. Los ejemplares no habían entrado a formar parte de la biblioteca y en aquel entonces estaban depositados al cuidado de impresores y encuadernadores. Como herencia de la hija del príncipe, Olimpia, casada con el duque Sforza, el *Tesoro* "sub tenebris latebat", como afirmará Stelluti años después.⁴¹

Dos décadas más tuvo que aguardar el *Tesoro* en las tinieblas. Sólo hacia finales de los cuarenta, Stelluti, por entonces el único sobreviviente de aquellos que habían participado directamente en la empresa, puso en contacto al embajador de España en Roma, Alfonso de Torres, con Olimpia Cesi, quien cedió, por 1,000 escudos, todos los materiales impresos, los cuales empezaron a ser ordenados, manipulados y completados. Al parecer algunos se consideraban estar ya listos en 1648. Un millar viajó a España con la adenda de unas nuevas dedicatorias al rey de aquel país, para gloria de quien fue completada la supuesta nueva edición, así como también a Rodrigo de Mendoza, duque del Infantado, ministro extraordinario del rey católico en la corte del papa Inocencio X.

De Torres, en su dedicatoria a Felipe IV, se vanagloriaba de no haber reparado en gastos y esfuerzos para que la obra, ideada por su abuelo Felipe II y continuada por los Linceos, llegase a aparecer. Afirmaba que había estado a punto de perderse, ignorando el motivo. Entonces le había parecido necesario intervenir para impedir que la suerte dejara en el olvido un tan "oculto tesoro". Las riquezas naturales habían sido puestas en lejanas tie-

rras por el Creador para la gloria de España y para el bien de la humanidad. Estas, más que "las inmensas riquezas que en oro y piedras te traen las naves todos los años de tu América", eran los dones más preciados para su soberano.⁴² En tiempos en los que la leyenda negra de la conquista americana tenía en media Europa una amplia difusión, podía ser útil hacer público un tesoro por tanto tiempo oculto.

La portada original, con el bello grabado alegórico obra de Johan Friedrich Greuter, fue reutilizada, modificándose su margen inferior en el que aparecía el nombre del tipógrafo responsable de la primera edición, Iacopo Mascardi, y el año de edición. Una nueva contraportada fue impresa en dos colores. El nuevo *imprimatur*, en la forma entonces usual de elogio y fechado en 1651, era de insospechable matriz hispana, y estuvo a cargo del jesuita Baldasar de Lagunilla, juez calificador de la Inquisición española, que había vivido veintisiete años en el virreinato de Perú. "Est certe thesaurus, qui profert nova Europeis...", cuyas novedades él mismo había observado durante su estancia en las Indias, las cuales eran hasta entonces desconocidas para los mismos americanos. El papel civilizador y universal de España aparecía de esta forma exaltado.

El mismo impresor de la edición de 1630 elaboró una nueva introducción al lector en la que resumía brevemente el largo camino de la obra, la cual proseguía con la ya citada dedicatoria de De Torres a su soberano.

En la abigarrada arquitectura del *Tesoro*, la *expositio* de Faber a la sección dedicada al mundo animal era, en la edición de 1630, introducida por un breve poema dedicado al *cardinal nipote*, seguido por un texto introductorio más amplio, siempre obra de Faber, loando a Federico y Maffeo Barberini. Allí se recordaba que Galileo había develado las imperfecciones de la luna, las manchas solares, el número incommensurable de las estrellas, cuatro nuevos planetas, los anillos de Saturno y las fases de Venus. "¡Felices aquellos a quienes primero fue dado a conocer todo esto", esto es, a los Linceos y a sus ilustres patrones.⁴³

Estas claras afirmaciones galileanas en un

texto de elogio al pontífice y a su sobrino, resultaban comprensibles, aun si algo atrevidas, en la coyuntura de mediados de los años veinte. Ellas fueron mantenidas en la edición “española” del *Tesoro*, lo que nos aclara cómo hacia la mitad del siglo la polémica sobre la incorruptibilidad de los cielos había perdido mucha de su peligrosidad.⁴⁴ Lo que por el contrario era difícil de aceptar, eran las repetidas dedicatorias a Francesco Barberini en una obra ahora concebida para la gloria de los orgullos de los Habsburgo, que en el *cardinal nipote* y en Urbano VIII habían encontrado, por algún tiempo, un freno a sus designios hegemónicos en la política italiana. Además, Inocencio X, elegido en 1644 para el pontificado, había emprendido un ataque a fondo contra el cardenal Francesco, refugiado entonces en Francia, cuyos soberanos siguieron protegiendo, aun con la fuerza, a los Barberini.

Transformado el texto dedicatorio en una genérica alocución a un “amigo lector”, se suprimieron las expresiones que hacían de los Linceos “viejos clientes” del cardenal Francesco.⁴⁵ La decisión de modificarlo, sin embargo, no debió quedar libre de dudas, ya que la vieja dedicatoria en verso y la alocución siguiente fueron impresas en tipos nuevos, aun sin cambiar la fecha original de 1625 al pie y conservando una numeración corrida.

¿Se pensaban editar algunos volúmenes con los textos introductorios originales de Faber y otros modificados, o en un cierto momento Stelluti tuvo que ceder a las imposiciones de los nuevos mecenas españoles que reprobaban la existencia de las dedicatorias a los Barberini?⁴⁶ De cualquier manera, Stelluti pensó eliminar una ulterior dedicatoria al *cardinal nipote*, aquella que Cesi había puesto de introducción a sus trece tablas editadas en 1630, colocando en su lugar otra dedicada a Rodrigo de Mendoza.⁴⁷ Con mayor razón fue eliminado el *De apiarum*, no obstante su carácter absolutamente novedoso en la literatura científica de la época, ya que su significado no podía ser modificado. Roma estaba salpicada por las abejas del escudo de los Barberini, entre las cuales las más famosas descansan todavía en los pe-

destales de las columnas salomónicas del altar principal de San Pedro.

A legitimar la operación de Stelluti sobre la que debía ser una introducción a la obra magna de su señor, concurren algunas circunstancias. En primer lugar, aquel había dejado no sólo la obra sino también su introducción a medias. De las veinte tablas *phytosopicae* que hubieran debido resumir la sintaxis del mundo vegetal, sólo trece aparecieron en la primera edición del *Tesoro*, seguramente recién acabadas de imprimir en los meses posteriores a la muerte del príncipe.⁴⁸ Stelluti continuó la obra hasta redactar las siete tablas faltantes mientras, y hasta 1636, siguió trabajando para la familia Cesi en los asuntos ligados a la herencia científica del príncipe.

La fugaz actuación de la naturaleza mexicana en el teatro de la naturaleza

La crisis en 1630 en los Linceos por la muerte de Cesi no hizo sino agravar una situación ya comprometida. Una corte sin príncipe tuvo que enfrentar un proceso de normalización, el cual, iniciado hacia finales de los años veinte, culminó en el juicio y condena de Galileo en 1633 y, así, en la derrota de los intentos de los Linceos por develar el mundo nuevo.

Hacia la mitad de la década anterior la Academia había visto crecer su influencia no sólo en el campo científico —gracias al predominio de Galileo—, sino también en el de la filosofía con Cesarini, Ciampoli y finalmente con Sforza Pallavicino. Las estrechas relaciones de los Linceos con la corte romana del cardenal Maurizio de Saboya, líder del partido francés, no habían impedido que la Academia jugara el papel de puente entre los nuevos heterodoxos en arte, poesía, literatura y, sobre todo, en política, y una corte papal que, no obstante su abierto favor a la innovación, debía tomar en debida cuenta el siempre poderoso partido español, encabezado por el cardenal Borgia.

El más prestigioso aliado de este partido, su

intelectual colectivo, era la Compañía de Jesús, que aspiraba a imponer, a través de la fuerza de los Habsburgo, su supremacía cultural en el frente internacional de la Contrarreforma.

Sin embargo, hacia la mitad de la década de los veinte y gracias también a los Linceos, la escolástica tradicional pasaba por una crisis que parecía definitiva: su estilo debía necesariamente renovarse, so pena de quedar fuera de moda.⁴⁹ A este cambio de época, que marca la superación de los horizontes medievales, respondía la nueva escolástica de los jesuitas, un proyecto y, sobre todo, una praxis que, subordinando la filosofía natural a la teología, exaltaban la dimensión empírica de la primera negando al mismo tiempo una dimensión especulativa autónoma en el conocimiento de la naturaleza. Si el libro de la naturaleza podía seguir siendo leído con originalidad en algunos de sus capítulos, sus índices debían quedar redactados de una vez por todas. Aunque con fines distintos, jesuitas y nuevos filósofos naturales se enfrentaban en el terreno de la renovación de la cultura católica, proceso inevitable en un escenario europeo convulsionado por los eventos de la guerra de los Treinta Años.

En 1632 el papa Barberini, después de haber resistido por largo tiempo las presiones del partido español, al cual ya algunos de sus aliados de antaño se habían adherido, tuvo que acceder a la realización del proyecto jesuita: adoptándolo podía moderarlo y, sobre todo, salvar el papel eminente de la silla de Pedro en la elección de las nuevas directrices de la cultura romana.

Galileo, que en aquel año editaba su *Dialogo sui massimi sistemi* —obra que en un primer tiempo hubiera sido patrocinada, como el *Saggiatore*, por los Linceos—, fue la víctima más ilustre de la nueva coyuntura, y examinado por una comisión especial, presidida, como último expediente para favorecerlo, por su más ilustre admirador en la corte papal, el cardenal Francesco Barberini. En 1633 Galileo será condenado, con la moderación del caso, por el Santo Oficio; en cambio, su herencia, reducida al angosto espacio empírico, pudo

seguir sobreviviendo en las cátedras de las más importantes universidades italianas.

La Academia, por su parte, no pudo superar la crisis en que la muerte de Cesi la había sumido. El *cardinal nipote* se encontró necesariamente imposibilitado para asumir la dirección de una institución de dudosa ortodoxia. Otros príncipes de la iglesia, miembros o cercanos a la institución, como Ciampoli o Sforza Pallavicino —este último por un tiempo el más probable sucesor de Cesi—, caídos en desgracia, fueron alejados de la capital. En 1633, también la biblioteca de Cesi fue depurada de sus textos y manuscritos peligrosos, antes de ser vendida a Cassiano del Pozzo por intermediación de Stelluti, por el Santo Oficio.

El proyecto linceo se derrumbaba y, como hemos visto, el *Tesoro mexicano* debió aguardar su posterior y última metamorfosis.

¿Qué quedó entonces de aquel encuentro entre mundo nuevo y nuevo mundo? Poco sin duda, aparte de ser de muy difícil lectura. Todo está contenido en aquellas *tabulae phytosophicae* que aparecieron póstumas e incompletas en la edición del *Tesoro* de 1630 y que volvieron a aparecer, terminadas por Stelluti gracias a las notas dejadas por Cesi, en la edición de 1651.

En su encabezado se afirmaba que las tablas consistían en una primera parte de una sección del Teatro Natural de Cesi. Las tablas habían sido puestas en el *Tesoro* después de las plantas mexicanas descritas por Recchi, que junto con todas las otras especies vegetales debían entrar en esta clasificación: un prospecto de sintaxis herbolaria.⁵⁰ Sabemos, por lo tanto, que se trataba de una especie de introducción compuesta por veinte cuadros sinópticos, parte de una obra mayor, el citado *Teatro natural* o *Theatrum totius naturae*, más exactamente, de la introducción a su parte botánica, o *phytosophica*, como se decía entonces. ¿Qué era entonces aquel Teatro en el cual el príncipe trabajó buena parte de su breve vida y al cual la naturaleza americana contribuía a construir? Una enciclopedia nunca escrita —paradoja para nosotros— de un texto inexistente y del cual debemos encontrar posibles razones e imaginarias características.

En la explicación para el lector que tuvo a bien añadir Stelluti a su versión de las tablas, destaca que Cesi había subdividido así la naturaleza para descifrar sus secretos gracias al espejo universal de la razón, mientras, al mismo tiempo, "construía una muy trabajosa enciclopedia".⁵¹ El Teatro, esto es, la enciclopedia, hubiera debido ser precedida de un ensayo filosófico sobre el conocimiento científico y el arte de la observación, llamado *Speculum rationis*.⁵²

No nos extraña que el joven Cesi hubiera elegido para sí esta tarea monumental. La tradición de Ferrante Imperato, Konrad Gesner, Ulisse Aldrovandi lo inspiraron. Bodin, con su *Théâtre de la nature* de 1597 ofrecía el título: teatro como representación del mundo, como su doble que permite que el mundo se vuelva inteligible.⁵³

La coexistencia en el proyecto de Cesi de ciencia natural, ciencia lógica, ciencia moral, física y metafísica, nos indica su original inspiración clásica.⁵⁴ Con todo, la nueva enciclopedia ambicionaba ser una obra innovadora. En el Teatro se hubieran conjugado los resultados propios del príncipe-botánico y aquellos de los otros Linceos a fin de alcanzar una lectura sistemática, según las leyes intrínsecas del libro de la naturaleza y no según supuestas proporciones áureas. ¿No habían sido los Linceos romanos los primeros en iniciar observaciones con aquel novísimo instrumento llamado microscopio? ¿No tenían en su proyecto experiencias directas en los diversos campos de la ciencia? Pero sobre todo, Cesi poseía, gracias a su encuentro con Galileo, una nueva teoría

atomista. Era el llamado corpuscularismo galileano lo que hubiera permitido enfrentar aquel desmedido diseño científico sin recurrir necesariamente a los engañosos caminos de la tradición hermética.⁵⁵ De esta última, sin embargo, Cesi había asimilado el presupuesto del saber como voluntad, como potencia individual para alcanzar, aun por caminos diversos, aquel *immensum* perseguido por magos y heréticos. Los caminos podían ser novedoso, no lo eran las metas necesariamente.

Gracias también a esta irresoluble ambigüedad, Cesi pudo intentar una interpretación de la naturaleza del nuevo mundo. El millar de nuevas plantas mexicanas del *Tesoro* se reveló un obligado estímulo para elaborar, en sus tablas, los primeros rudimentos de la morfología, fisiología, patología y nomenclatura botánica, superando en el método los enlistados descriptivos de sus grandes maestros del Renacimiento. El botánico Cesi, introduciendo por primera vez el término de "familia" y recurriendo a la utilización del microscopio, supo conquistar un lugar en su ciencia como uno de los precursores de Linneo, quien por cierto conoció sus tablas.

Finalmente y más allá de aquellos resultados prácticos del encuentro entre un intento de mundo nuevo y el nuevo mundo, nos gusta suponer que, de cualquier manera, para Cesi y los Linceos América, a través de su naturaleza, apareció como una demostración más de la diversidad, finita y racional, del orbe, al fin y al cabo una cifra de aquella armonía entre micro y macrocosmos que nos heredaron como fruto precioso de una cultura que volvía a su ocaso.

Notas

Esta investigación fue realizada gracias a los fondos MURST para el proyecto *Breve storia dei prodotti americani in Europa*.

¹ Para tal fin, ver los clásicos: Baltasar Odescalchi, *Memorie storico-critiche dell'Accademia dei Lincei*, Roma, 1806; Salvatore Proja, "Ricerche critico-bibliografiche intorno alla Storia Naturale del Messico di Francisco Hernández", *Atti dell'Accademia Pontifica dei Nuovi Lincei*, Sessione VII, 10.VI, 1860; Humberto Julio Paoli, "Vicisitudes de las obras de Francisco Hernández",

Archeion, vol. XXII, núm. 2, 1942, pp. 54-170; la introducción de Germán Somolinos d'Ardois a Francisco Hernández, *Obras completas*, México, 1960, 3 vols., y, finalmente: Rosa Casanova y Marco Bellingeri, *Alimentos, remedios, vicios y placeres*, México, 1988, cap. II, del cual fueron retomadas algunas de las hipótesis centrales para el presente ensayo.

² Pietro Redondi, *Galileo eretico*, Torino, 1983, p. 91.

³ El utopismo renacentista tomó sincréticamente su inspiración de diferentes experiencias: fuentes clásicas,

modelos políticos occidentales, viajes y descubrimientos. Sin embargo, alejado como era de cualquier primitivismo: "One has the impression that they could all have been written even if Columbus had never set sail", como afirma contundentemente Miriam Eliav-Feldon, *Realistic Utopias. The Ideal Imaginary Societies of the Renaissance, 1516-1630*, Oxford, 1982, p. 24.

⁴ Dedicatoria de los Lincei a Urbano VIII, 20 de octubre de 1623, en *Il Saggiatore*, Torino, 1977, p. 3.

⁵ Carta de Tommaso Campanella a Galileo Galilei, 5 de agosto de 1632, en Galileo Galilei, *Opere*, edición nacional al cuidado de A. Favaro *et al.*, vol. XIV, Florencia, 1890-1909, p. 367. (A partir de ahora cuando no aparezca otra indicación, la correspondencia entre los Linceos será tomada de esta edición, de la cual sólo aparecerán volumen y páginas).

⁶ Un texto de reciente edición ha rejuvenecido la vieja y monumental tradición de los estudios sobre aquel conflicto que se ha fincado tan sólidamente en el imaginario como el arquetipo del drama que opone fe y razón. Más allá de las controversias historiográficas que ha suscitado, Pietro Redondi ha sabido aclarar en su *Galileo eretico* el carácter del enfrentamiento y de sus actores, formulando una sugestiva y fundada hipótesis sobre su hasta ahora escondida naturaleza. *Cfr.* especialmente los capítulos V-VII.

⁷ A propósito de la *maniera* en Vasari, Borghini e Bellori ver, por ejemplo, Arnold Hauser, *Historia social de la literatura y del arte*, t. II, Madrid, 1969, pp. 11-12.

⁸ Sobre el "clasicismo arqueológico" tardo-manierista, bien representado en la pintura por Nicolas Poussin, ver Mario Praz, "Milton e Poussin", *Gusto neoclassico*, Milano, 1990, pp. 23-43 (la primera edición es de 1938). Redondi profundiza la originalidad de la propuesta iconográfica de Poussin, individualizando en ella la acabada expresión de aquella corriente renovadora de la cual Galileo y los Linceos serán representantes en ciencia y filosofía y Marino en la poesía. *Cfr. op. cit.*, cap. III y en especial los pies de las ilustraciones 11 y 12.

⁹ *Cfr.* la introducción de Delio Cantimori a Erasmo de Rotterdam, *Elogio della Pazzia*, Torino, 1964, p. VII.

¹⁰ Para un aporte muy reciente ver la introducción de Paolo Possi en P. Rossi (ed.), *La magia naturale nel Rinascimento*, Torino, 1989, pp. 7-32 y la nota bibliográfica en las pp. 33-39. Para un balance, desde Thorndike a Cassirer, ver la introducción de Carlo Vasoli en C. Vasoli (ed.), *Magia e scienza nella civiltà umanistica*, Bologna, 1976. Sobre la continuidad y el desarrollo de la tradición hermética ver los trabajos ya clásicos de Frances A. Yates, "The Hermetic Tradition", *Renaissance Science* en Charles S. Singleton (ed.), *Art, Science and History in the Renaissance*, Baltimore, 1967; *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition*, Londres, 1971 y *The Rosacrucian Enlightenment*, Londres, 1972.

¹¹ *Cfr.* Jaen-Michel Gardair, "I Lincei, i soggetti, i luoghi, le attività", *Quaderni Storici*, 44, diciembre de 1981, p. 776. De cualquier manera, el papel activo que la Academia hubiera debido jugar en la investigación y,

especialmente, en la difusión del conocimiento, distingue el proyecto de Cesi de aquellos casi contemporáneos de Campanella, Andreae y Bacon. *Cfr.* M. Eliav-Feldon, *op. cit.*, p. 29. Diferente asunto es reconocer en esta actitud, que nos parece novedosa, una ruptura con la tradición, o más sencillamente, destacar en ella una continuidad con el enciclopedismo anterior.

¹² *Cfr.* Gianni Micheli, "L'assimilazione della scienza", *Annali 3, Storia d'Italia*, Torino, 1988, pp. 209-258.

¹³ Como consecuencia de la persecución familiar a la cual fue de inmediato sujeta la Academia, Eck, acusado además de homicidio, inició un largo peregrinaje por ciudades y países de media Europa, cumpliendo la importante función de corresponsal viajante de su institución. Finalmente llegó, como era lógico, a la corte praguense de Rodolfo II, centro cultural de tradición mágica y hermética. Desde allí, según Redondi, envió a Cesi libros de alquimia, filosofía y botánica. En 1616 fue suspendido como Linceo por supuestos problemas de salud mental. *Cfr.* P. Redondi, *op. cit.*, p. 103.

¹⁴ *Cit.* Giovanni Pugliese, introducción a *Federico Cesi e la fondazione dell'Accademia dei Lincei*, Nápoles, 1988.

¹⁵ En éste destacaban Ferrante Imperato —famoso hoy en día por su museo natural, reproducido innumerables veces—, Bartolomeo Maranta, Donato Altamaro, Nicolò Antonio Stigliola —en años posteriores—, el portugués, arabista y orientalista Diego de Urrea Couca y, sobre todo, Fabio Colonna, naturalista que tendrá uno de los papeles más destacados en la realización del *Tesoro mexicano*.

¹⁶ En 1613 Cesi escribía a Galileo a propósito de una dudosa candidatura de un médico spagirico a linceo, probablemente un mago, propuesto por Della Porta. *Cfr.* la carta del 29 de junio de 1613, vol. XI, p. 529. "Quanto all'istesso Porta, é necessario che in questo fatto del mandar secrete, et in molte altre cose, ella meco compatisca alla sua età ottogenaria..." Carta del 19 de julio de 1613, *Idem*, p. 538. Galileo, que, por su parte, había desplazado la fama del mago como máximo exponente italiano en el arte de la óptica en 1614, afirmaba irónicamente que el nuevo telescopio que Della Porta estaba construyendo con la ayuda de Fabio Colonna, supuestamente cien veces más potente que los que se usaban entonces, hubiera alcanzado la octava esfera de los cielos y el Empireo mismo, permitiendo al viejo napolitano escribir finalmente un *Nunzio Empireo* con una evidente relación jocosa con su *Sidereus Nuncius* copernicano de 1610. *Cfr.* carta de Della Porta a Galileo, 26 de septiembre de 1614, vol. XI, p. 538. Por su parte, Della Porta continuó hasta su muerte vanagloriándose de la "secreta multa" que revelaban a él todos los sabios de paso por Nápoles y a seguir sus experimentos de alquimia, de *animantia* —el arte numérico— y hasta de criptología, un ritual ceremonial condenado por demoniaco. Carta del 19 de julio de 1613, vol. XI, p. 611.

¹⁷ Carta de Cesi a Galileo, 11 de mayo de 1613, vol. XI, p. 507. Es sabido que, en aquellos tiempos, el príncipe pensaba acabar el borrador de lo que hubieran sido las

Prescriptiones Lynceae, o sea, el estatuto definitivo de la institución, texto que sin embargo nunca apareció. Cfr. la carta de Cesi a Galileo de 11 de mayo de 1623, vol. XI, p. 507.

¹⁸ Giuseppe Gabrieli, "Verbali delle adunanze e cronica della prima Accademia Lincea", *Atti*, en *Memorie*, serie V, vol. II/6, 1926, p. 446.

¹⁹ Según Redondi, en la alabanza hecha a una lectura directa del libro de la naturaleza, liberado de aquella cárcel de la razón que se había vuelto el aristotelismo, se hacía evidente la oposición de Galileo y de su Academia al intento jesuita de actualizar la tradición escolástica católica. Por otro lado, no faltaban indicios que podían recordar las tesis reformadas de una lectura directa de las escrituras. Cfr. P. Redondi, *op. cit.*, pp. 45-46.

²⁰ Cfr. *El Discorso del natural desiderio di sapere et Institutione de Lincei per adempimento di esso*, un texto de carácter constitucional y que marca la etapa madura de la Academia, analizado recientemente por J.M. Gardair, *op. cit.*, pp. 765-767 y vuelto a editar en M.L. Altieri Biagi (ed.), *Scienziati del Seicento*, Milán, 1969, pp. 49-9.

²¹ Cfr. P. Redondi, *op. cit.*, pp. 103-105 y nota 30, p. 131.

²² Carta de Cesi a Stelluti, 30 de abril de 1611. Cuando en 1616 la teoría copernicana fue condenada en filosofía y Galileo fue amonestado, declarándose que no debía seguir defendiéndola, la Academia se atrincheró en defensa del nuevo saber, expulsando a uno de sus miembros, el médico romano Luca Valerio, que se había alineado a las nuevas directrices oficiales.

²³ Johannes Schereck, originario de Constanza, médico y científico, abandonó en 1611 su milicia lincea por otra, *ad maiorem Dei gloriam*. "Finalmente si trova a pregar Dio per noi fra i Gesuiti", escribía irónicamente Cesi a Galileo (carta del 3 de diciembre de 1611, vol. XI, p. 236). En 1618, desde Madrid, pidió a Cesi cartas credenciales para revisar el original de aquel asunto sobre el cual había trabajado en Roma. Nunca las recibió y en 1622 partió para China, donde murió en 1630, dejando importantes obras de astronomía y de historia natural. Cfr. Rosa Casanova y Marco Bellingeri, *op. cit.*, p. 70, y P. Redondi, *op. cit.*, p. 109.

²⁴ Es ésta la tesis de J.P. Gardair, *op. cit.*, p. 776. Nosotros mismos repetimos el error del autor, seguros de su lectura de la fuente citada (cfr. Rosa Casanova y Marco Bellingeri, *op. cit.*, p. 69). Se trata de una carta de Galileo a Piero Dini, del 21 de mayo de 1611, borrador corregido tiempo después por el mismo Galileo —lo que de paso subraya su importancia— y publicada en *Obras*, vol. XI. En ésta el florentino hace patente a su corresponsal —famoso sobre todo por otro texto posterior de Galileo dirigido a él— su indignación, el rechazo al descubrimiento de los *pianeti medicei*, por parte de sus adversarios. Estos, confundiendo su ignorancia con la inexistencia, o insignificancia de las manifestaciones de la naturaleza, se comportaron como si él hubiera rechazado, por ignorancia, la importancia de las plantas mexicanas observadas en los dibujos en casa de Cesi. El

claro sentido de la carta puede ser resumido en la afirmación de Galileo de que: "L'intendere degli uomini non é cagione dell'esistenza della cose", p. 108.

²⁵ P. Redondi, *op. cit.*, p. 149.

²⁶ El autor del entonces muy difundido *De natura novi orbis...* (cuya primera edición castellana completa fue en Salamanca en 1588) pecaba por defecto: el número de los ejemplares botánicos descritos por Hernández fue de casi 3,000, de los cuales Recchi eligió 1,200 dejando 300 más solamente dibujados. Cfr. Rosa Casanova y Marco Bellingeri, *op. cit.*, p. 66.

²⁷ Sobre la importancia que al conocimiento de las plantas indianas prestaban los botánicos europeos y en especial los italianos, ver *idem*, pp. 25-60.

²⁸ El *cavalier* Dal Pozzo, linceo desde 1622, secretario del *cardinal nipote* Francesco Barberini —él mismo linceo desde el año siguiente— fue mecenas, coleccionista y patrocinador del pintor Poussin; en fin, uno de los exponentes más destacados de aquel nuevo estilo que pareció triunfar en Roma hacia la mitad de la década de los veinte. Cfr. P. Redondi, *op. cit.*, p. 333.

²⁹ Por ejemplo, en octubre de 1611, en Tivoli, investigó la flora de los alrededores en compañía de otros, "eruditissimi", botánicos. Carta a Galileo, 21 de octubre de 1611, vol. XI, p. 224. El jardín botánico estaba situado en la *via Della Maschera d'Oro*, junto a la biblioteca, el herbario y una colección de fósiles y curiosidades científicas. Una significativa muestra de antigüedades había sido reunida por su tío, el cardenal Bartolomeo, en la aldea Santo Spirito. Sin embargo, fue en el palacio de Acquasparta, residencia señorial de la familia Cesi, en donde el príncipe, con sus colaboradores personales, encontró el refugio necesario a sus investigaciones hasta volverla, entre 1618 y 1624, su residencia habitual. Cfr. P. Redondi, *op. cit.*, p. 112; Giuseppe Gabrieli, "Galileo en Acquasparta", *Atti*, en *Memorie*, serie VIII, vol. III/I, 1943.

³⁰ Cartas a Galileo, 17 de septiembre de 1611, vol. XI, p. 221; 21 de octubre de 1611, vol. XI, p. 223; 3 de diciembre de 1611, vol. XI, p. 236.

³¹ Carta a Galileo, 2 de junio de 1612, vol. XI, p. 312. Cfr. además las cartas del 4 de febrero de 1612, vol. XI, p. 272.

³² Carta de Cesi a Galileo, 2 de marzo de 1613, vol. XI, p. 488. Proja indica erróneamente 1611 como la fecha de esta primera edición. Cfr. Proja, *op. cit.*, p. 432.

³³ Carta de Galileo a Curzio Pichenna, 19 de abril de 1618, vol. XII, p. 381.

³⁴ Carta de Galileo a Cesi, 9 de octubre de 1623, *cit.* en Gabrieli, "Galileo in Acquasparta", *op. cit.*, p. 4.

³⁵ Cfr. *ibid.* y las cartas de Cesi a Galileo: 6 de octubre de 1624, p. 220; 26 de abril de 1625, p. 270 y 26 de septiembre de 1625, p. 280, todas en el vol. XII.

³⁶ Carta de Cesi a Galileo, 4 de septiembre de 1627, vol. XII, p. 376.

³⁷ Cartas de Stelluti a Galileo, 2 de diciembre de 1628, vol. XII, p. 459.

³⁸ Cfr. la carta de Fabri a Cesi del 25 de abril de 1628,

en la cual el religioso encargado de conceder la autorización exigía algunas cautelas que el príncipe debía necesariamente acatar. *Cit.* en Proja, *op. cit.*, p. 476. Es posible que las dificultades hayan nacido de la celebración de los descubrimientos astronómicos de Galileo, contenida en una sección del texto, como veremos más adelante.

³⁹ *Cfr.* Proja, *op. cit.*, p. 442.

⁴⁰ Carta de Stelluti a Galileo, 2 de agosto de 1630, vol. XIV, pp. 126-127.

⁴¹ Dedicatoria de Stelluti a las tablas de Cesi, elaborada para la edición de 1651 del *Rerum medicarum Novae Hispaniae Thesaurus seu Platarum Animalium Mineralium Mexicanorum Historia ex Francisci Hernandez...*, Roma, en la imprenta de V. Mascardi, —a partir de ahora, en notas: *Tesoro* (1651)— p. 904.

⁴² Dedicatoria de De Torres en Francisco Hernández, *Obras completas*, t. I, Germán Somolinos d'Ardois (ed.), México, 1960, p. 302. La edición en tres tomos de la Universidad Nacional Autónoma de México, en traducción al castellano, es la de referencia obligada, gracias al puntual cuidado y doctas introducciones de Somolinos. Es necesario mencionar además la edición matritense de 1790, elaborada gracias a una copia manuscrita de los textos de Hernández, encontrada entre los fondos de la ex-biblioteca de la Compañía de Jesús. Los originales habían desaparecido desde hacía tiempo en un incendio en la Biblioteca Real, acaecido en 1671.

⁴³ *Tesoro* (1651), pp. 459-461, traducción de Marco Bellingeri.

⁴⁴ Proja, que al parecer fue el único, antes de nosotros, en cotejar las dos ediciones de la obra, afirmaba hace un siglo: "Troppe lodi al sommo Tosco e improntate alle sue dottrine" y conjeturaba que Stelluti había temido proseguir la edición. Este motivo, según Proja, y no la inversión faltante —según él de sólo 200 o 300 escudos—, hubiera sido la causa de la prudente renuncia a la difusión del *Tesoro* después de la muerte de Cesi. *Cfr.* Proja, *op. cit.*, p. 464 y nota 65 en la p. 476. Sin embargo, el mismo autor afirmaba en otro texto que: "Nel Tesoro vi è ad ogni passo l'omaggio ai Barberini per cento luoghi", vislumbrando un diverso motivo de la interrupción de la obra. *Cfr.* Salvatore Proja, *Urbano VIII e gli Accademici Lincei*, Roma, 1858, pp. 40-41.

⁴⁵ Faber, por ejemplo, con orgullo recordaba, en la primera versión de la dedicatoria, cómo el mismo cardenal

no desdeñaba ninguna vez asistir a sus clases en el Ateneo Romano. *Cfr.* *Tesoro* (1630), p. 463.

⁴⁶ La duda se fundamenta sobre un error de encuadernación que hizo coexistir las dos versiones en un solo tomo del *Tesoro*, en su edición de 1651, tomo ahora depositado en la Biblioteca Angélica de Roma. En éste las dos versiones tienen una doble y repetida numeración.

⁴⁷ *Cfr.* *Tesoro* (1630), p. 904, con *Tesoro* (1651), pp. 903-904. Sin embargo, en otra copia del *Tesoro* (1651), conservada en la Biblioteca Nacional de Turín, aparecen ambas dedicatorias sucesivamente, lo que, como en el caso citado en la nota anterior, hace pensar en la existencia de diversas versiones contemporáneas.

⁴⁸ Al parecer, no en todas las versiones del *Tesoro* (1651) fue reproducido el *imprimatur* de las tablas de 1628. Sin embargo, en el frontispicio interior de las tablas, el uso de un verbo en tiempo imperfecto para explicar cuál era la intención original de Cesi, podría indicar que las primeras tablas, y con ellas toda la primera versión del *Tesoro*, se había acabado de imprimir en el otoño-invierno de 1630. *Cfr.* *Tesoro* (1630), p. 901.

⁴⁹ *Cfr.* P. Redondi, *op. cit.*, p. 123.

⁵⁰ *Cfr.* *Tesoro* (1630), p. 901.

⁵¹ *Tesoro* (1651), p. 951, traducción de Marco Bellingeri.

⁵² Se ha afirmado que el *Speculum* contenía una tabla sinóptica de las materias a tratar en la enciclopedia o Teatro. Este, a su vez, estaría dividido en secciones: física, cosmología, meteorología, biología. En esta última sección hubiera tenido cabida la botánica y, por lo tanto, se puede pensar que las tablas habrían sido elaboradas para aparecer allí. *Cfr.* P. Redondi, *op. cit.*, pp. 105-107 y G. Gabrieli, "L'orizzonte intellettuale e morale di Federico Cesi illustrato da uno Zibaldone inedito", *Rendiconti della Regia Accademia Nazionale dei Lincei, Classe di scienze morali*, serie IV, núm. 14, 1938, pp. 663-725.

⁵³ "Il Seicento é anche il grande secolo in cui il teatro, nella vasta estensione del termine, ha avuto la sua più alta esaltazione. E' il teatro a stabilire un eterno confronto con il mondo". Giovanni Macchia, *Tra Don Giovanni e Don Rodrigo. Scenari secenteschi*, Milano, 1989, p. 79.

⁵⁴ *Cfr.* G. Gabrieli, "L'orizzonte...", *op. cit.*, p. 721.

⁵⁵ Es nuevamente Redondi, particularmente atento a las nuevas teorías galileanas, el primero en destacar el carácter de ruptura del proyecto de Cesi. *Cfr.* *op. cit.*

NUESTROS POETAS.

El Sr. Don Juan de Dios Peza.



¡Quien deja de celebrar
Con entusiasmo vehemente
La inspiración sorprendente
De este cantor del hogar?

Su gloria no es un misterio
Y su nombre celebrado
Ya la fama lo ha llevado
Del uno al otro hemisferio.